

Cuba: ¿el país que pintan?



Delia Proenza Barzaga

No tiene nada de asombroso que sujetos de baja catadura moral, en el papel de inquisidores, lancen injurias, a través de Internet, contra el país donde nacieron. Menos aún, que sus mentiras, habitualmente burdas, sirvan de anzuelo para incautos o enemigos jurados que les ríen las gracias y se solazan en su odio cuando solo el amor debiera unir.

Sin embargo, llega a preocupar que gente conocedora y usualmente amiga de esta nación se vaya, como se dice vulgarmente, con la de trapo y emprenda acusaciones contra uno de los gobiernos que con mayor efectividad ha llevado su estrategia frente a la COVID-19.

Humanista y solidaria, Cuba ha desplegado todas sus armas en una batalla contra el virus SARS-CoV-2 no solo dentro de sus fronteras, sino también fuera de ellas. Controlada la enfermedad, puso en práctica un plan de medidas para la etapa pos-COVID-19, a la postre no exenta de rebrotes, y planeó milimétricamente los pasos que debían seguirse para la recuperación de la economía.

No obstante, la “magia” de las llamadas redes sociales, muy en boga en los últimos años, ha mareado a no pocos y hasta a cubanos residentes en otras latitudes que ayer vivieron junto a los de acá la realidad isleña —plagada, no debe olvidarse, de trampas con cuño estadounidense para hacer caer al gobierno constitucional— repiten el libretto concebido para confundir y hostigar.

Si usted está ajeno a lo que sucede en este país y hace una búsqueda en Internet puede que se espante al leer o escuchar.

Que si en Cuba la gente se está muriendo de hambre, que si los enfermos los disimulan y los muertos los esconden, que si las medidas pensadas para oxigenar la economía no favorecen más que a quienes las adoptan, que si la oposición cobra fuerza y la ciudadanía arremete contra los agentes del orden. La peor nación de todas, diríase.

Si, en cambio, se mira desde dentro a lo que sucede en las calles y centros laborales (no digo los de estudio porque aquí, en un intento máximo por preservar a los menores y evitar contagios masivos, las clases se suspendieron en marzo y no reiniciarán hasta septiembre), podrá apreciarse que nada es como se pinta.

Cuba es un mosaico de gente, formas de ser y ver las cosas, pero está libre de las divisiones que corroen a otras tierras. Acá los meses de mayor tensión por la enfermedad fueron de unión, solidaridad, crecimiento espiritual por parte de los jóvenes, y de una heroicidad que no cesa por parte del personal no solo médico y paramédico, sino también de otros muchos sectores que han colaborado en esta batalla.

En Cuba se buscan alternativas para producir cada vez más y

dependen cada vez menos de las importaciones, ya que ni siquiera en estas circunstancias hubo un PARE al bloqueo económico, comercial y financiero que obstaculiza nuestro comercio externo.

Ni uno solo de los trabajadores de la salud, ni una embarazada o un niño murió aquí de COVID-19 en estos cinco meses, y eso es ya un indicador clarísimo de cuán fino se ha hilado en el empeño de poner al ser humano en el centro de todos los esfuerzos. Si faltase alguna prueba, bastaría con esgrimir el incremento de aproximadamente 1 000 millones de pesos en el presupuesto nacional, destinados a Salud Pública, los centros de aislamiento, los alimentos, el transporte y las garantías salariales.

Pero Cuba no tiene recursos infinitos, por lo que debe ser cuidadosa en cada paso que da. Algunos de esos pasos, por cierto, resultan amargos y sería ideal prescindir de ellos, mas se tornan indispensables para la sobrevivencia. Cuba es ya experta en cuestiones de

subsistir y salir a flote y esta no ha sido la excepción, debido justamente a esa experiencia y a que aquí nadie se cruzó de brazos.

Con un potencial humano grande, el país, no obstante, se ha dolido todo este tiempo de quienes no han obrado con la necesaria responsabilidad a la hora de cuidar su salud, que es casi como decir también la de otros; y de los que se han aprovechado de las carencias para lucrar.

Hablo de esas multitudes que, desoyendo indicaciones o recomendaciones, han permanecido a la caza de cuanto sacan en las tiendas, en aglomeraciones propicias para el contagio, sin el necesario distanciamiento y, en ocasiones, hasta sin la mascarilla protectora. Acoto: no siempre los ha movido la imperiosa necesidad que alegan.

Me refiero igualmente a quienes acaparan y revenden, con lo cual acentúan la percepción de carencias que no son tales o no poseen las dimensiones que se les atribuyen. Coleros existieron siempre, aunque ahora se pasaron de castaño oscuro; revendedores, también. Pero se convierte en infractor de la ley quien se aprovecha de la fragilidad del entramado sanitario para lucrar con lo que se comercializa en un intento de distribución equitativa.

“A veces creo que tener lo poco que tenemos, pero que es mucho más que lo que otros tienen, ha hecho que seamos ciegos e indolentes, que nos creamos que nos merecemos todo”, escribía una connacional bajo un post de esta autora en su perfil en Facebook. Otra espirituaña, residente en el gigante suramericano, apuntaba: “Si vivieran en Brasil y vieran la cantidad de muertos, y a la gente cavando dondequiera la tierra, abriendo fosas, porque los cementerios no alcanzan, y al Presidente riéndose de la situación, se cuidarían más”.

Entonces, ¿es la Cuba que pintan esta que vemos palpar usted y yo? Lo invito a sacar sus conclusiones.



La juventud cubana no está perdida



Greidy Mejía Cárdenas

No pocos incrédulos tropezaron otra vez con una verdad de Perogrullo: la juventud cubana no está perdida. Tal frase se ha hecho viral entre las multitudes desde el pasado 11 de marzo cuando la COVID-19 irrumpiera en nuestras vidas. Y usted se preguntará: ¿tuvo que tocar a nuestras puertas este horrendo virus para entender que las nuevas generaciones, esas que persiguen el último grito de la moda, que escuchan música de todo tipo, que estudian, que trabajan... son capaces de estar ahí cuando más se necesitan?

Por supuesto que no. En los jóvenes se ha confiado siempre y, a pesar de que muchos pretendían opacar su luz, sus acciones demuestran que resultan esenciales para sostener y hacer crecer el proyecto social y económico del país. Los días que vivimos confirman sus ideas, y si nos

preguntamos por qué creemos en ellos, abundan los argumentos y las razones, muchas de ellas explícitas en las frases de Raúl, de Fidel y Miguel Díaz-Canel Bermúdez, quienes han subrayado sus virtudes, su espíritu y su audacia.

En los últimos meses, ha sido la fuerza joven la que ha estado en la primera línea de fuego ante el enfrentamiento al nuevo coronavirus. Lo mismo estudiantes que trabajadores, cada cual desde su función, ha hecho brillar su estirpe, esa que los identifica como cubanos.

Por eso, no resultó extraño el sí rotundo ante el llamado de aquel 11 de marzo, cuando el futuro de la enfermedad era incierto. Primero, aparecieron los de la Universidad de Ciencias Médicas, quienes sin otra identificación que la transparencia de sus ojos caminaron de cuadra en cuadra en busca de síntomas gripales en

la población y, con ello, posibles casos de la COVID-19.

Con sus rostros cubiertos por nasobucos, con guantes, soluciones de hipoclorito de sodio en sus mochilas y con la voluntad de enseñar a las personas a cuidarse, estos muchachos recorrieron hasta los sitios más recónditos de la provincia espirituaña. Caminaron acompañados de la solidaridad como principio y de conocimientos que recibieron antes de emprender esa labor. Por ello, no les resultó extraño llegar hasta una vivienda y preguntar si había catarro o, al mismo tiempo, entablar una charla sobre el coronavirus y su impacto en la salud de la población.

Gracias a sus intercambios diarios, estudiantes de las carreras de Medicina y Estomatología se adentraron en las familias que pesquisaban y llegaron a sentirse parte de ellas.

Mas su esfuerzo no quedó allí. También emergieron en esta etapa tan compleja para el país los contingentes universitarios, brigadas de jóvenes de diversas especialidades que se vinculan a labores productivas con el propósito de llevar adelante la vida económica y social del territorio. Se sumaron a la lucha contra el dengue, se vistieron de mensajeros a domicilio y llevaron hasta los hogares de las personas necesitadas los productos imprescindibles.

Se incorporan a la organización de las colas para evitar la aglomeración de personas, labor en la que desempeñan un papel preponderante los jóvenes del Ministerio del Interior, que salieron a las calles a garantizar la disciplina y la tranquilidad ciudadanas.

Aparecieron además al frente del transporte público, regulando el acceso de los pasajeros a

los ómnibus y velando por las medidas higiénico-sanitarias en tales medios. ¿Y qué decir de los profesionales de la salud?, esos que permanecen durante extensas jornadas en las instalaciones hospitalarias que albergan a los casos confirmados de la COVID-19, en los centros de aislamiento..., esos que han dejado su país para cuidar a personas de otras partes del mundo, que entregan humanismo cuando algunos se niegan a ofrecerlo.

Esos, sin duda, han sido los jóvenes cubanos, los que no están ni estuvieron perdidos, cuya esencia se afirma en la rica y extensa historia de luchas y sacrificios de la nación y en las disímiles batallas que han enfrentado en los últimos tiempos.